

E. MIRET MAGDA LENA

CUALQUIERA que haya sido educado en las ideas religiosas anteriores al Concilio Vaticano II tiene que estar comparando constantemente lo que le enseñaron entonces con lo que ahora se lee en la prensa de todo el mundo.

Antes, la religión que teníamos los españoles parecía un bloque cerrado y compacto, en el cual sólo existían sumisos fieles: no cabían en él ni los independientes ni los profetas. Los primeros —los independientes— eran considerados como herejes. Los otros, como falsos iluminados. En realidad, ambos estaban excluidos de la vida católica.

Hoy, en cambio, el panorama es muy diferente. Desde que el Concilio señaló que la Iglesia era una comunidad de creyentes activos y con personalidad, brotó una nueva actitud espontánea, que rompió estas barreras que atenazaban la vitalidad llena de diversidades que debe tener todo grupo humano para ser satisfactorio al hombre y a la sociedad.

Pero la ruptura de estas duras barreras ha ocasionado una dispersión de las fuerzas vitales, que da la sensación de una gran inoperancia. Es como un gran río bien encauzado que de repente se desborda y lo invade todo sin discernimiento ni sentido.

Por eso, los que somos deudores de un arraigado sentimiento religioso quedamos aparte no sólo de lo que antes existía, sino también de lo que ahora se está produciendo. No nos encontramos ni en la fase anterior ni en ésta, ni —por supuesto— en una postura intermedia. Nuestra reacción ante cualquiera de las cosas que airean los periódicos y revistas de todo el mundo es como la reacción que tuvo don José Ortega y Gasset ante el parecido fenómeno que se produjo en el orden civil cuando vino la Segunda República: "No es eso, no es eso".

Vamos de un extremo a otro, sin profundizar en nada. Se manifiesta una superficialidad que cansa a todo el que quiere tomar en serio y con profundidad la vida. Una palabrería hueca invade el campo religioso. No nos centramos en el sentido religioso de la vida, sino que comenzamos una interminable discusión entre integrista y progresista, entre concordatarios y anticoncordatarios, entre retrógrados y avanzados.

El panorama del mundo así lo expresa, y son muy pocos los que no queremos estar ni con unos ni con otros, sino profundizar de una vez en lo que está pasando para "examinarlo todo y quedarnos con lo bueno", como pedía, hace veinte siglos, San Pablo.

Por primera vez desde hace cuatro siglos empiezan a estar los extremistas retrógrados fuera de juego en el catolicismo. Pero muchas veces no se sabe bien por qué, ya que lo único que hacen es seguir diciendo lo que se nos enseñó insistentemente

durante estos casi cuatro siglos, que van desde el Concilio de Trento al Concilio Vaticano II.

Yo me pregunto muchas veces si los eufemismos que utilizamos todavía para llamar a las cosas, no son una de las causas fundamentales por las cuales nos encontramos en este aparente callejón sin salida, de diversidades encontradas y de polémicas apasionadas tan superficiales.

Sería mejor comprender de una vez que la estructura humana de la Iglesia, como dijo el Concilio, tiene cosas buenas y cosas malas, "es santa, al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, buscando sin cesar la penitencia y la renovación" (Lumen Gentium, número 8). Y por eso "precisa de una permanente reforma" (Decreto sobre el Ecumenismo, número 6).

Pero durante cuatro siglos se nos dijo lo contrario, y cualquiera que tímidamente se atrevía a pedir alguna reforma, era considerado o como hereje o como peligroso iluminado. El resultado es el que ahora estamos viendo, porque no en balde han pasado cuatro siglos de estancamiento inútil y equivocado.

HEREJES Y PROFETAS

Por eso no me extraña que las mentalidades rígidas, y con una lógica simplista, lleguen a decir, como el famoso Abbé Georges de Nantes, ante 2.000 católicos que le escuchaban en la famosa sala de la Mutualité, de París: "Acuso públicamente al Papa por herejía, cisma y escándalo".

Este brillante orador fue entusiásticamente aplaudido por su lógica implacable. Toda su mentalidad había sido formada en una "teología fixista", que recibió el refrendo más decidido en este siglo por los Papas Pío X y Pío XII, sobre todo, como colofón de este largo periodo de varios siglos de ausencia de reforma y de movilidad. Llegó a decir este sacerdote católico que "las doctrinas del Vaticano II y de Pablo VI son cuerpos extraños en la doctrina cristiana, y un día u otro habrá que rechazarlos, porque infectan todo el cuerpo de la Iglesia".

No tiene mucha diferencia, aunque a primera vista lo parezca, esta actitud retrógrada con la manifestada por los progresistas muchas veces. La lástima es que esto se confunda con la actitud de los grupos obreros reunidos en un Coloquio Europeo de Pastoral, en Roma. Allí estuvieron presentes

Alemania, Inglaterra, Austria, Bélgica, España, Francia, Italia, Malta, Holanda, Portugal y Suiza. Y no quisieron que las conclusiones de los trabajos de estos coloquios católicos fuesen enviadas al Papa, "porque nada tenemos que decirle a Pablo VI, ya que nada esperamos de él". Las frases tan repetidas sobre la "pobreza" de la Iglesia nada dicen a los diez millones de emigrantes europeos que se encuentran, en su mayor parte, desamparados por el régimen capitalista occidental, tolerado por la Iglesia y defendido por muchos católicos significados, que son halagados por gran parte del mundo eclesiástico.

Los unos —los integristas— han creído en la anacrónica teología que nos enseñaron hasta hace unos pocos años, y siguen insistiendo en ella, clamando en el desierto y sintiéndose asediados o desamparados por la Iglesia posconciliar. Los otros han creído en las repetidas frases eclesiásticas expresadas desde León XIII para acá sobre la pobreza de la Iglesia y el interés por los económicamente débiles, y siguen reclamando por que esto se cumpla. Pero unos y otros desesperan de la Iglesia jerárquica actual.

A estos grupos se añaden aquellos otros que, con una valentía anacrónica, emplean todavía un lenguaje de cruzada contra una sociedad moderna cuya mentalidad y costumbres escapan a la manera de pensar y de actuar que aprendieron en el "Syllabus", cuando decía Pío IX que la Iglesia no podía aceptar el progreso y la libertad de la sociedad nueva, que estaba emergiendo en el mundo decimonónico. Ese ha sido el tono de la reunión de 200.000 peregrinos en el Campo de Exterminio de Auschwitz, bajo la presidencia de dos cardenales polacos, Wyszyński y Wojtyła, para conmemorar al santo religioso Padre Maximiliano Kolbe, que fue beatificado en Roma hace un año. El lenguaje del cardenal primado de Polonia sonaba a otros tiempos cuando decía: "hay en el mundo de hoy potencias que levantan sus cabezas de serpientes y de escorpiones para borrar de la Tierra el nombre de Dios".

Y en medio de todo este hervor nos encontramos quienes nos sentimos apartados de todo este bullicio, que cada vez interesa menos a nuestro sentido religioso de la vida, que quiere alimentarse de algo más íntimo, más modesto, pero más profundo que este bienintencionado verbalismo que suena a anacrónico. Yo, como español, me encuentro más cerca de la religiosidad de un Guernsindo de Azcárate o de un don Francisco Giner, que de verdad querían algo nuevo para el hombre, y por eso se sintieron apartados de la rígida Iglesia de su tiempo, como hoy nos sentimos apartados de estas voces de añoranza o de progreso que nos parecen demasiado triunfalistas todavía.